

RACONTOS

SERGIO VODANOVIC

# Confesiones de un viejo frustrado

Siempre he pensado que las diversas etapas de la vida del hombre tienen su propio y especial encanto. Desde niño aprendí, en la mesa familiar, que "lo más rico estaba al último" y así, mientras cumplía el ciclo vital de niñez, adolescencia, juventud y madurez, esperé ansioso esa última etapa, que preveía como la más placentera. De joven me había impresionado el leer en el "Diario Intimo de Amiel" que saber envejecer es la obra maestra de la sabiduría y una de las partes más difíciles del gran arte de vivir. Me preparé, pues, para dominar esa parte y lo hice en tal forma que creo que se me pasó la mano. A los 44 años obtuve una jubilación prematura correspondiente a 26 años de servicios en la Administración Pública y mi jubilación era de aquellas que se llamaban "perseguidoras" y que se reajustaban según el aumento de sueldo que tuviera el titular del cargo que yo dejaba. Me consideré muy astuto. De ahí en adelante podría dedicarme a tantas cosas que me gustaban y que no eran mayormente remunerativas.

Pero no contaba con la astucia militar, que al poco

tiempo de haber jubilado hicieron "un pronunciamiento", asumieron la totalidad del poder y en un rapto de militar austeridad terminaron con las jubilaciones perseguidoras para todos excepto, claro está, para los militares.

Me resigné, pues, a renunciar a mi anticipado ingreso a esa edad tan esperada que era la vejez hasta el momento en que oficialmente se supone que comienza: a los 60. Cuando llegó, fue mi mejor cumpleaños. Exigí una torta con 60 velitas y desprecié la opción de un grueso velón que me ofrecían mis familiares.

Apagué las 60 velas de varios soplidos como corresponde a un viejo y me preparé para la tranquilidad de la senectud: leer y releer, oír música, dormir largas siestas, escribir para mí sin requerimiento de publicaciones, estrenos y



sometimiento a la crítica de otros.

Poco tiempo me duró la ilusión. Me enteré, con desilusión, de que nuestra civilización había derogado la vejez. Yo no era viejo sino adulto mayor, pertenecía a

algo que eufemísticamente llaman "tercera edad" y toda la organización social que me rodeaba estaba hecha para la juventud y su prolongación. Había un Instituto Nacional de la Juventud, pero ninguno para los viejos, se creaban canales de TV exclusivamente juveniles, los periódicos traían suplementos especiales y hasta las teleseries que hasta hace poco se hacían buscando un público de señoras y caballeros ya retirados del mundanal ruido, ahora están dedicadas exclusivamente a un público joven con sus insípidos e intrascendentes

chismes y amoríos. Cuando me enteré de que algunas universidades e institutos culturales habían abierto un espacio para la tercera edad supuse que el exilio de los viejos comenzaba a terminar, pero un vistazo me

convenció de mi error.

Allí se coacciona a los viejos a no aceptar esa calidad para seguir siendo jóvenes. Se los hace bailar, algunos disponen de gimnasio. Presenciar esas prácticas ahí y en los llamados hogares para ancianos me hizo recordar una observación de Napoleón: "Los ancianos que conservan las aficiones propias de la juventud, pierden en consideración lo que ganan en ridículo".

En definitiva me siento muy frustrado. Esa edad a la que tanto deseé llegar, donde, como dice el tango: "El músculo duerme, la ambición descansa", se ha convertido en una lacra social que nadie acepta. No me dejan ser viejo. Así será. Veré el canal Rock & Pop, haré las tonterías que hice en mi juventud, volveré a la brega, trabajaré duro para morir de un infarto al miocardio, pero calladamente, sin que nadie me oiga para no causar escándalo, recitaré mi propia versión de los versos de Darío: "Juventud, absurdo tesoro/a la que me obligan a volver/cuando quiero llorar no lloro/ y hay veces que lloro sin querer".

IDIOMA

LEOPOLDO SAEZ GODOY

## Acerca de nuestro léxico

¿Cómo aumenta su léxico el idioma?

Se puede recurrir a lo ya existente para crear nuevas palabras. Así se unen raíces y prefijos o sufijos, palabras completas: libre-mercaderista, pierd-te-una, corto-plaz-ista, pint-a-mon-o-s, market-er-o son algunas creaciones recientes.

También pueden eliminarse partes de compuestos grandes y dejar sólo un pequeño representante del conjunto. La lengua tiene también su economía: (ferrocarril) metro (politano), (Instituto) Peda(gógico), y así, cine, tele, polio, kinder, memo, logo.

Un caso especial lo constituyen las voces creadas con los primeros fonemas de un conjunto de palabras: isapres, codecos, sida, tec, uti.

Otro recurso es aprovechar una voz existente y darle nuevos significados: papa y pito entran en el campo de las drogas; caracol, en el de la arquitectura; chanco tiene sitio en los electrodomésticos e incluso muchos lo pasan shansho.

También las lenguas recurren a importaciones para solucionar sus carencias y toman de otras lenguas lo que necesitan. Así el latín tomó voces de los germanos; el vasco, del latín; el español, del árabe, de las lenguas indígenas americanas, del francés, del inglés, del alemán, del italiano. El inglés, del latín y del francés. Es un recurso habitual. Las lenguas con culturas más desarrolladas tienen naturalmente una oferta más interesante.

Si se quisiera ser purista a ultranza tendríamos serias dificultades comunicativas. En nuestro caso, para tomar sólo la fuente indígena, deberíamos buscar substitutos para papa, porotos, choclo, zapallo, palta, chocolate, tomate, empresa en la que fracasaron los conquistadores.

Se usan voces extranjeras porque se necesitan, o bien porque se considera que usarlas crea una atmósfera de distinción, de gran mundo, o da una imagen de cultura e inteligencia.

Lo habitual es que haya un primer paso en que se toman en su forma original, que después lentamente se vayan adaptando a la fonética y a la ortografía del español, y pueden terminar perfectamente mimetizadas, como túnel, bote o bisté. También pueden simplemente traducirse y así pasan inadvertidas: rascacielos, piel roja, agujero negro, relaciones públicas.

Hay un mecanismo misterioso que regula la absorción de los extranjerismos sin la intervención del Parlamento. Los lectores más añosos recordarán que hace unos 40 años en el fútbol se hablaba de goalkeeper, back, half, forward, wing, lineman, referee, todos términos que han caído en desuso.

No hay que asustarse por los anglicismos actuales. Muchos están restringidos a pequeños grupos, otro se asentarán

definitivamente, o desaparecerán porque serán derrotados por competidores locales. No se ve la razón de cambiar voces como jazz, rock, bar, cóctel, whisky. Nos está llegando un aluvión del campo computacional, de la ciencia y de la tecnología. Pero no necesitamos leyes para defender el idioma. Siempre a la larga la persuasión y la comprensión han sido superiores a la coerción.

Debemos preocuparnos de estimular la estimación por una lengua hablada por 400 millones de personas. Una de las buenas razones por las que somos conocidos en el mundo es porque tenemos escritores como Neruda, Gabriela Mistral, Huidobro o Parra, leídos y traducidos por doquier.

Debemos fortalecer la enseñanza de la lengua materna. Deberían fomentarse los trabajos de aplicación de la lingüística a la enseñanza. La educación lingüística de los más pequeños debería ser una responsabilidad consciente de los padres y no delegarse en la nana o en la TV.

Los medios deberían tener correctores de estilo que cuando vieran un artículo sobre los largos dreadlocks de Djavan o su reciente unplugged, le preguntaran al autor: What are you up to, baby?

No debemos extrañarnos de que un resort ofrezca paddle tennis, surf, apart hotel, discoteque. No puede esperarse

chueca, rayuela, rana y brisca. El restaurante en avenida El Bosque seguramente no se llamará "El rey del chunchul", ni encontraremos la boutique "Mi negra" o "Cosita rica". Lauder ofrecerá eau de parfum, skin perfecting y all day lipstick. Pero nada de esto afectará a nuestra identidad

nacional, si conocemos y manejamos bien nuestro idioma y tenemos conciencia de su importancia y su peso en el mundo.

Seremos jaguares de primera categoría cuando, junto con cobre, salmón y frutas, seamos capaces de exportar palabras. Esa sería la prueba máxima de desarrollo.

Presidente de la Sociedad Chilena de Lingüística.

